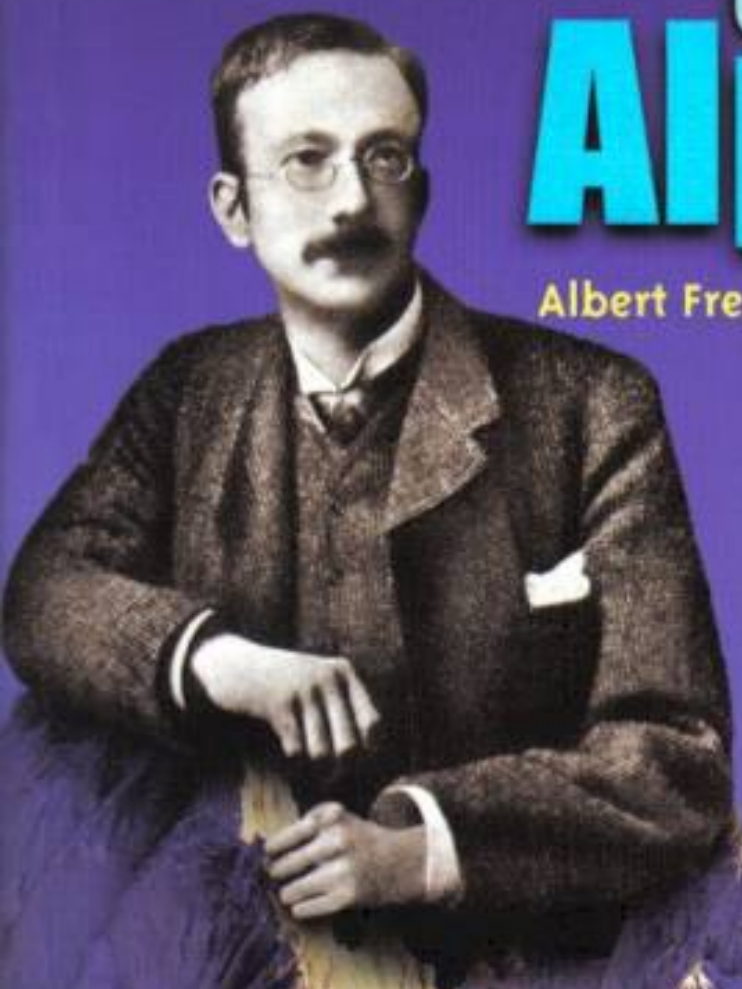


Escaladas en los Alpes

Albert Frederick Mummery



El presente volumen de *Escaladas en los Alpes* constituye una selección de los mejores pasajes de la obra *My climbs in the Alps and the Caucasus*, publicada por primera vez en 1895. A lo largo de sus páginas el lector en español podrá revivir las peripecias del autor en las paredes del Cervino, Grépon, Dent du Requin, Grands Charmoz o Aiguille Verte. Pero, sobre todo, *Escaladas en los Alpes* nos brinda un encuentro con el Mummery narrador, de estilo vivo y refinado sentido del humor, creador de jugosos personajes y situaciones con un auténtico sabor alpino.

PRÓLOGO

MUMMERY, UN REVOLUCIONARIO INGLÉS

Es doblemente emocionante presentar la primera edición española de ese libro, imprescindible para entender la evolución del alpinismo y a una de las figuras más relevantes de su historia. En primer lugar, porque siempre he considerado a su autor como el padre espiritual de todos los que, muchos años después, nos hemos acercado a la montaña con mirada curiosa y espíritu innovador. Y segundo, porque, con más de cien años de retraso, se hace justicia en nuestro país a la figura y la obra de Mummery. Gracias a esta edición de Desnivel que ahora tienes entre las manos, por fin podemos acercarnos a su pensamiento directamente. Es una emoción demasiado grande para ser descrita con palabras...

Albert Frederick Mummery (1855-1895) es el hombre que puso los cimientos de una nueva forma de ver la montaña y de un nuevo sentimiento montañero. Considerado el padre del alpinismo moderno, este inglés fue el mejor alpinista de la época, a pesar de sus limitaciones, pues era algo desgarrado y bastante miope. Pero tras esa aparente timidez, que escondía detrás de las gafas, latía un impulso y una vitalidad sin límites. Fue él quien puso de relieve algo hoy evidente, pero que entonces provocó una auténtica revolución: para Mummery la conquista de una cumbre no

agota las posibilidades de descubrimiento de una montaña. En sus palabras, «el verdadero alpinista es el que intenta nuevas ascensiones». Cada itinerario a una cumbre muestra en realidad una nueva montaña, y lo que cuenta son las dificultades que hay que vencer, los problemas que hay que resolver y el estilo con el que se abordan. Coherente con esta postura, Mummery escaló en seis ocasiones, por seis rutas diferentes, el Cervino, considerada hasta poco antes el prototipo de la montaña inaccesible.

A Mummery y a algunos de sus contemporáneos, como Geoffrey Winthrop Young, también se debe una contribución importante al desarrollo del alpinismo, al prescindir de la ayuda de los guías (aunque al principio escalase algunas de sus vías más conocidas con el guía Alexander Burgener), tendencia que se iría generalizando con el transcurso del tiempo. Llegar a esa conclusión también supondría un magnífico legado para el desarrollo del alpinismo. Escribiría: «He aprendido la gran verdad, a saber, que quienes realmente desean gustar las alegrías y los placeres de la montaña deben saber desenvolverse en las nieves de la altura confiando sólo en sus dotes y en sus conocimientos propios».

Es también el comienzo de la etapa de especialización. Una montaña era, hasta ese momento, simplemente una cumbre que alcanzar; sin embargo, desde entonces, comenzaron a distinguirse por sus vías de ascensión, por sus itinerarios, ya fuesen en roca, nieve o mixtos. Las nuevas escaladas acrobáticas en los Alpes van a ser posibles no sólo gracias al cambio de mentalidad y la audacia de los alpinistas, sino también porque la técnica ha evolucionado. En estos años y en los siguientes el equipo que porta el alpinista va progresando: las botas claveteadas darán paso a los crampones, que con el tiempo irán creciendo en sofisticación y nuevas puntas. El innovador Óscar Eckenstein (que en 1902 fue uno de los primeros en intentar la escalada del K2) crearía los crampones de diez puntas. Con el tiempo

mejoran las cuerdas y la vestimenta. Las primitivas hachas para tallar peldaños se van retinando y acortando los mangos para llegar a los piolets más eficaces y manejables. Se crean nuevas herramientas, como las clavijas y los mosquetones y el pitón de hielo. Willo Welzenbach, uno de los escaladores alemanes más notables de la época, desaparecido en una de las primeras grandes tragedias en el Nanga, inventará la escala del VI grado y se generalizará la graduación de las dificultades.

Mummery realizó durante más de veinte años incontables ascensiones y abrió infinidad de nuevas vías. Cien años después de la invención del alpinismo, había logrado cambiar radicalmente el concepto que se tenía de éste. Con una frase, que refleja su fino sentido del humor, resumió su filosofía de la escalada y, quién sabe, si su misma forma de enfrentarse a la vida: «Cuando todo indica que por un lugar no se puede pasar, es necesario pasar. Se trata precisamente de eso». Fiel a esta máxima, crearía, sobre la textura granítica de las afiladas agujas de Chamonix, un alpinismo más atlético y atrevido, iniciando la conquista de nuevos espacios verticales donde ningún hombre se había aventurado antes.

La escalada de la norte del Grépon, en especial de la fisura que desde entonces lleva su nombre, se convertiría en una metáfora de esta nueva forma de escalar y, junto con otras ascensiones de Mummery, marcaría el inicio de la escalada de dificultad. Su influencia sería muy grande, debido también a sus escritos. En realidad, todos los alpinistas que en nuestra época buscan en la montaña nuevas dificultades son, de alguna forma, herederos del genial alpinista inglés. Si antaño lo que se perseguía era alcanzar la cumbre evitando cuidadosamente las dificultades, a partir de Mummery éstas se convertirían en el principal factor de atracción. Más tarde, con el conocimiento y repetición de estas rutas, fue normal que esas mismas dificultades se rebajasen en un proceso que el mismo Mummery supo anticipar en una fra-

se cargada de ironía que se haría célebre: «Un pico inaccesible... La escalada más difícil de los Alpes... Un paseo para señoras...». Y, en efecto, la escalada del Grépon la acometería dos años más tarde con dos señoras, y la arista Zmutt la haría acompañado del joven duque de los Abruzzos.

Si se hubiera quedado aquí tendría razón Georges Sonnier al afirmar que para él «la montaña representaría ante todo la alegría de una actividad intensa... en adelante se entregaría cada vez más al gusto por la dificultad pura... Nada hay más difícil que ser a la vez perfecto gimnasta y poeta o filósofo». Pero Mummery no se limitó a realizar grandes vías en los Alpes, no era un simple gimnasta. No conforme con este salto decisivo, su espíritu inquieto y exigente le impulsó a busca aventuras en otras cordilleras lejanas, lo que le convertiría en un pionero también en este apartado. En 1888 viajó al Cáucaso, y siete años más tarde, en 1895, se encaminó al Himalaya. Su objetivo era nuevamente audaz y revolucionario: escalar el Nanga Parbat, una de las más imponentes montañas de la Tierra que sobrepasa los ocho mil metros de altitud.

En el Himalaya, tras una primera fase, que había proporcionado un conocimiento somero de los principales macizos y de ciertas regiones, se daba paso a la llegada de nuevos exploradores y alpinistas cuyos fines ya no eran políticos o militares, sino científicos y, sobre todo, claramente deportivos. El objetivo era la conquista de las más importantes cimas del Himalaya, y muy en concreto, de las más altas, aquéllas que sobrepasan los ocho mil metros. Una aventura en la que los más grandes alpinistas de todas las nacionalidades se empeñarían a fondo y que exigiría no sólo setenta años, sino los más grandes sacrificios. Los hombres habían descubierto, como un siglo antes habían hecho en los Alpes, un nuevo terreno de juego. Comenzaba la época de las grandes aventuras del Himalaya y Mummery fue el primero en acudir a esta cita.

Era la primera vez que alguien se atrevía a atacar una montaña de tales magnitudes. En el caso de Nanga Parbat éstas son verdaderamente descomunales, pues no sólo su cima supera los ocho mil metros, sino que el desnivel desde el campo base, situado a unos cuatro mil metros, es de los mayores del mundo. Sólo una mente privilegiada como la de Mummery podía imaginar, planificar y atreverse a realizar una ascensión como ésa.

Desgraciadamente, el Nanga Parbat sería su última montaña. Allí desapareció, probablemente sepultado por un alud, cuando sólo tenía cuarenta años, tras explorar las vertientes de Rupal, Diamir y Rakhiot, y alcanzar una altitud próxima a los siete mil metros por el espolón en la cara oeste que desde entonces lleva su nombre. Su ejemplo de audacia, ligereza y sencillez —sólo dos o tres alpinistas, estudiando las diferentes vertientes de una altísima montaña para después acometer la escalada, aunando exploración y alpinismo en su sentido más puro— todavía no ha sido repetido. Uno de los colegas que le acompañó escribiría: «Me pregunto si el Nanga será escalado alguna vez. Actualmente parece lejos del alcance humano».

En Gran Bretaña la pérdida de Mummery causó una honda impresión, similar a la que provocaría, veintinueve años más tarde, la desaparición de Irvine y Mallory en el Everest. El primer intento de ascensión de una montaña de más de ocho mil metros se había saldado con una tragedia, que sería el preludio de otras muchas, y que harían famoso al Nanga Parbat con los apelativos de montaña «cruel» y «asesina». Pero además privaba al mundo del alpinismo de una de sus mentes más clarividentes e innovadoras. Como bien ha resumido Reinhold Messner: «Mummery no ha sido únicamente el escalador británico más valiente y que más éxitos ha cosechado, sino que además sus principios de alpinismo conservan íntegra su validez en nuestros días y sirven de base al alpinismo moderno». Justamente por ello su nombre ha quedado ligado para siempre, de forma muy re-

presentativa, a dos montañas muy diferentes, dos formas de entender el alpinismo, que, a pesar de parecer incompatibles, el inglés supo unir. Una pequeña aguja de los Alpes, el Grépon, con su famosa fisura, y la enorme mole del temible Nanga Parbat con el espolón central de la vertiente de Diamir, que desde entonces lleva su nombre y que, más de cien años más tarde, aún no ha sido escalado.

Su amigo Norman Collie le dedicó unas emocionantes palabras que son quizá el mejor de los epitafios: «Su memoria perdurará, no será olvidado. La montaña, implacable, le ha reclamado y él ha quedado allá, entre los glaciares cargados de nieve de los montes inmensos. Está protegido por la curva de las comisas moldeadas por el viento, las delicadas ondulaciones de la nieve en las fisuras de roca y los picos nevados que él amaba tanto velan sobre él y montan guardia por encima de los lugares donde está sepultado».

SEBASTIÁN ÁLVARO

EL CERVINO. LA ARISTA ZMUTT

Cuando tenía quince años, en 1871, las paredes de la *Vía Mala* y las nieves del Théodule despertaron en mí una pasión que ha ido creciendo con los años y que ha moldeado mi vida y mi pensamiento de una manera nada desdeñable. Me ha llevado a lugares de una belleza tan mágica que, a su lado, las maravillosas fábulas de Xanadú parecerían lugares vulgares; me ha dado amigos en los que se puede confiar cuando el tiempo es bueno, o cuando las condiciones climatológicas son desfavorables; y ha dejado en mi mente recuerdos que son tesoros que ni las polillas o el óxido, ni la enfermedad o la vejez podrán destruir. Aquel hechizo de la infancia, cuando los grandes picos blancos se elevaban sobre las sombras de los pinos, sigue despertándose en mí ahora que la pesada diligencia rueda a través de la garganta de la Diosaz, o cuando el Cervino surge tras el umbrío valle de Tournanche. Recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que vi la gran montaña. Brillaba en la majestuosa calma de una luna de septiembre y, en la quietud de la noche otoñal, parecía la encarnación del misterio y un lugar apropiado para que en él moraran los espíritus que, según las viejas leyendas, pueblan sus laderas de piedra. Desde aquel momento, he sido uno de los más fervientes adoradores del gran pico, y siempre que su poderosa mole rocosa se alza sobre el lejano horizonte, saludo su aparición con la más devota de las alegrías. Ni siquiera la popularidad de

Zermatt, los excursionistas y sus coloristas vestidos pueden distraer mi atención de sus faldas, y me sigue encantando contemplarlo entre los pinos del Riffelberg u observar su enorme mole alzándose sobre los floridos prados del Staffelalp. Sin embargo, en aquellos días lejanos (1871), seguía teniendo un halo que lo hacía parcialmente inaccesible y, al contemplarlo desde el pinar o desde las laderas acariciadas por la brisa, apenas me atrevía a tener la esperanza de que algún día yo estaría entre los pocos elegidos que habían escalado sus helados abismos. Tres años más tarde, no obstante, su ascensión se había puesto de moda, las gentes comenzaron a acudir en masa al lugar y yo fui arrastrado en sus primeras oleadas hasta la tan deseada cumbre.

Soy consciente de que, desde ese momento, mi interés en el pico debería haber cesado, que un auténtico escalador nunca repite una ascensión, que su meta es alcanzar la cumbre y que, una vez logrado ese objetivo, su trabajo ha terminado y debería descansar en la innoble pereza. La verdad sobre este asunto queda cristalizada y resplandeciente en un comentario que me hizo el año pasado un residente, tocado de sombrero, del hotel Monte Rosa^[1]: «Tuve que ir a Grindelwald para ascender el Eiger; fue una enorme molestia, pero quería *terminar* el Oberland: ¡no volveré nunca!».

En cuanto a mí, me veo obligado a confesar una deplorable debilidad de mi carácter. Cuando subo un pico, éste se convierte en mi amigo y, con todo lo delicioso que pueda ser buscar «bosques frescos y nuevos pastos», en el fondo de mi corazón añoro las pendientes de las que conozco cada pliegue y en las que cada roca despierta recuerdos de regocijo y de risas y de los amigos de antaño. Como consecuencia de esta terrible debilidad, he pisado la cumbre del Cervino no menos de siete veces. Me he sentado en su cumbre con mi mujer cuando el aire estaba tan tranquilo que ni la llama de una cerilla hubiera temblado, y he sido perseguido por la loca furia del trueno, los rayos y la ventis-

ca mientras descendía la arista italiana y su descompuesta cresta. A pesar de todo, cada recuerdo tiene su peculiar encanto y la salvaje música del huracán no es menos deliciosa que la de la gloria de un día perfecto. La idea arraigada en el montañero ortodoxo de que un único ascenso, en un día, en un año, le permite a ese mismo montañero entender cómo es ese pico el resto de los días, el resto de los años, sugiere que se trata de un filisteo sumido en las ciénagas. Ciertamente es que las rocas y los pináculos son los mismos, pero su encanto y belleza reside en las siempre cambiantes sombras y luces, en las nieblas que los envuelven, en las enormes cornisas y sus neveros colgantes, en todas las variantes del tiempo, las estaciones y las horas. Es más: no es tan sólo que la visión impresa en la retina refleje los estados de ánimo y los cambios de una tormenta de verano a un tiempo soleado, sino que el propio observador no es menos variable. Un día, el horror del precipicio le domina, la sombría desnudez de los imponentes abismos o la mortífera caída de piedras cuando algún gran bloque se separa de sus amarras y se precipita al vacío —auténtico símbolo de una cólera irresistible—. En otra ocasión, no repara en ninguna de esas cosas, sosegado por los delicados tintes del ópalo y el azul, se complace en la vaporosa suavidad de los valles italianos, en la gracia de la nieve moldeada por el viento y hasta en las diminutas flores que brotan de las grietas del granito. Aunque la montaña pueda plasmarse en el espectador, no es menos frecuente que éste sólo se fije en lo que está en armonía con él. No hay duda de que un hombre puede estar hecho de tal suerte que

*una primula en la orilla
es para él sólo una primavera amarilla*

y no puede ser en ningún tiempo ni lugar otra cosa; pero otros, de naturaleza más jovial, que pueden disfrutar de la

belleza del mundo exterior, apenas sentirán las «manchas de la banalidad», sin importar cuánto puedan conocer la estructura íntima de la roca o del hielo sobre los cuales el sol y las nubes, la niebla, el aire y el cielo no dejan de trenzar la gloria del paisaje.

Fue entonces, con un interés en la gran montaña que sólo mi primera ascensión hacía más intenso, cuando crucé el collado de Tiefenmatten en 1879. Mientras descendía el glaciar, observé con detenimiento cómo la gran arista Zmutt se alzaba sobre las largas pendientes de roca y los corredores de la cara oeste, barridos por las piedras. Yo no era ni mucho menos el primero que se había fijado en ella; Edward Whymper, junto a sus guías Michel Croz y Christian Almer, ya la había estudiado minuciosamente desde las paredes del Dent Blanche. Las conclusiones que sacaron pueden recogerse del siguiente párrafo de *Escaladas en los Alpes*: «Mi viejo enemigo el Cervino, visto desde la cuenca del glaciar de Zmutt, parecía totalmente inaccesible».

«—¿Crees que tú o cualquier otra persona subiréis alguna vez a esa montaña? —preguntaban los guías».

Y cuando, insensible al ridículo, les respondía con firmeza: «Sí, pero no por ese lado», ellos estallaban en risas. «Debo confesar que mis esperanzas se vinieron abajo, pues nada puede parecer, o ser, más inaccesible que el Cervino por sus caras norte y noroeste». Sin embargo, no parecía que su apreciación fuera completamente certera. La arista de nieve, y los escalones rocosos que continuaban durante cierta distancia, ofrecían una vía carente de obstáculos hasta los 3950 metros, y en la arista final, desde unos 4250 metros hasta la cumbre, el escalador tenía poco que temer. Las dificultades serias se limitaban al breve tramo de la vía en el que tendrían que unirse esas dos rutas. De observaciones realizadas en esta y en anteriores ocasiones, se deducía que era evidente que, desde donde la arista Zmutt comienza a ganar pendiente hasta donde ya se torna vertical, sería necesario dirigirse a la izquierda, hacia un corre-

dor muy profundo que cae a plomo sobre el glaciar del Cervino. La parte superior de este corredor, lo único con lo que tendríamos que contar, no parecía sin embargo totalmente imposible y, siempre que pudiera subirse, se volvería a la arista ya por encima del primer escalón inaccesible. A poca distancia, donde se vuelve a poner vertical, o incluso se extraploma, parecía posible desviarse a la derecha por las grandes pendientes de la cara oeste y, tras un ascenso considerable, volver a ganar la arista Zmutt por encima de las dificultades serias. Una vez tomada la decisión y con este plan algo ambiguo, bajé a Zermatt para encontrar un guía adecuado para llevarlo a cabo.

Enfrente del Hotel Monte Rosa me encontré con un viejo compañero, Alois Burgener, quien me dio la buena noticia de que su hermano Alexander seguramente pudiera venir conmigo durante unos cuantos días. Alexander, de espaldas cuadradas y rostro semioculto por la barba, expreso francamente su opinión: una expedición así, con un cliente del que no sabía nada, sería una *verfluchte Dummeheit*, una gran estupidez. Me sorprendió que se expresara de manera tan audaz, y me dio la impresión de no ser sólo señal de una sabia desconfianza en un escalador no muy experimentado, sino también un empeño de llevar a cabo el ataque, una vez empezado, hasta los límites de lo posible. Mi experiencia anterior había sido principalmente, si bien no en solitario, con hombres deseosos de acometer cualquier tentativa, sin importar lo desesperada que fuera, y que eran demasiado educados para preguntar siquiera si quien les quería contratar sabía algo del arte de la escalada. Sin embargo, en los albores de los preparativos, esos hombres habían desarrollado invariablemente un afecto por sus esposas y familias muy enternecedor, pero no por ello menos inoportuno, y se vieron forzados por esos sentimientos tan loables a interrumpir su ascensión. El aire de seguridad de Alexander, y lo honrado y abierto de su lenguaje, parecían mostrarme que él no era uno de éstos y lo vi como

un buen presagio de nuestra futura relación. Acepté encantado sus sugerencias y estuve de acuerdo en que deberíamos hacer juntos algunas expediciones previas.

Así, cruzamos hasta el Laquintal por los collados de Mischabel y Laquin, forzando nuestro camino de vuelta sobre el Fletschhorn por una vía nueva y especialmente difícil^[2]. Luego ascendimos el Portjenhorn, y al quinto día regresamos a Zermatt por el collado de Ried y por San Nicolás. Con una inauguración tan exitosa de nuestra campaña, estábamos listos para dirigir nuestra atención a la arista Zmutt. Sin embargo, sentíamos que nos habíamos ganado un descanso, de modo que pasamos el final de agosto tumbados entre los segadores de las laderas interiores. Cuando anochece, oímos que W. Penhall, junto a Ferdinand Imseng y L. Zurbrucken, habían comenzado ese mismo día a dormir en la montaña con la intención de atacar la arista Zmutt a la mañana siguiente. Su éxito nos ofrecía pocas dudas. El tiempo parecía perfecto, la montaña estaba en unas condiciones magníficas y la cordada tenía una fuerza y habilidad excepcionales. Eso nos hizo cambiar de planes y cruzar el collado Durand, lo que nos permitiría observar su progreso y obtener información útil para el futuro, al tiempo que esperábamos que la arista este o la cara noreste del Dent Blanche nos sirviera de consolación por la pérdida de la arista Zmutt.

A la mañana siguiente^[3], camino del Staffelalp, nos encontramos con un viento tan fuerte azotando las altas cumbres que parecía muy difícil que pudiera hacerse cualquier ascensión importante. Nuestros pensamientos y aspiraciones regresaron por tanto a la arista Zmutt y, cuando nos encontramos con el grupo de Penhall, que regresaba, y escuchamos que habían abandonado definitivamente la vía de la arista, decidimos pasar el día en el Stockje y ver si el viento y las nubes eran realmente tan espantosos. Una vez allí, los hombres llegaron enseguida a la conclusión de que

no había nada que hacer con aquel tiempo. Yo era, sin embargo, demasiado joven y tenía demasiadas ilusiones, demasiadas como para soñar en darme la vuelta y, al desconocer por completo el saber popular sobre meteorología, fui capaz de profetizar cosas buenas, y con tal apariencia de basarme en un conocimiento sólido, que Burgener quedó medio convencido. Entonces surgió una segunda dificultad. Nuestras provisiones estaban calculadas para una marcha de diez horas y eran claramente insuficientes para una campaña de dos días. Los sentimientos de Gentinetta añoraron, estimulados sin duda por la contemplación de esas provisiones limitadas, y salió por fin de su silencio acostumbrado; sin dejarse desconcertar por «la intimidante barrera» que supone un *Herr* cliente, expresó su opinión acerca de mi profecía. La refutó afirmando que estaba convencido de que en ningún momento, desde que el mundo es mundo, ni antes de eso tampoco, un viento así y unas nubes como aquellas habían traído nada que no fuera un tiempo horrible y desesperadamente duradero. Sentimos que el ejercicio sería bueno para su estado de ánimo y que, en cualquier caso, su compañía sería deprimente, así que le enviamos de vuelta a Zermatt a por más provisiones y a por el mejor hombre que pudiera encontrar para que le ayudara a transportarlas. Le indicamos el lugar donde íbamos a acampar y nos comprometimos a hacerle señales para que se diera la vuelta en el caso de que el tiempo nos pareciera demasiado malo para pasar la noche fuera.

Unas nubes cada vez más oscuras envolvían el collado de Tournanche y el rugir del viento contra los riscos del Cervino se hacía claramente audible y expresaba el feroz huracán que estaba soplando contra sus imponentes aristas. La confianza de Burgener empezó a Raquear y volvió a sugerir que nos retiráramos a los lujos romanos del hotel Monte Rosa. Yo mismo sentí algo más que una trémula duda, pero el dado estaba lanzado, así que me fie de la suerte, mantuve un semblante risueño y declaré que, viniera lo